



Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

Miguel Ramos Carrión, Caricatura de CILLA



Autor y carambolista de tan grande habilidad, que con la pluma y el taco

nadie ha podido hacer más, ni en las tablas de la escena ni en las tablas del billar.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Un año!, por Salvador M.^a Granés.—Los periodistas españoles de París, por E. Gómez Carrillo.—El cercado ajeno, por Diego Jiménez Prieto.—Palique, por Clavin.—Solterona..., por Alberto Lozano.—Ajilimójili, por José de Laserna.—El Transwaal doméstico, por Juan Pérez Zuñiga.—Conversación deshilvanada, por J. Valero de Tornos.—Director: Nicanor García, por Antonio Montalbán.—No lo olvides, por Antonio Teixeira.—Chismes y Cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Miguel Ramos Carrión, caricatura de Cilla.—Tipos populares, por Sancha.—Política callejera, El que la sigue..., y En acecho, por Cilla.—Música: fantasía, por J. Román.—Madrid sin tranvías, por Tur.



DE TODO UN POCO

Un periódico de Portugal, que se considera ofendido porque hemos adoptado precauciones contra la peste, y dice que eso es llamar sucios a los lusitanos, se ha alegrado muchísimo al saber que en Madrid hemos tenido fiebres tifoideas.

«¡Justo castigo del cielo!» — exclama el precitado periódico, y pide que sean sometidos a una rigurosa fumigación los via-

jeros procedentes de Madrid que ingresen en aquel reino.

Ahora que, gracias a Dios, ya que no a la vigilancia de los tenientes de alcalde, han desaparecido las fiebres, es posible que se les ocurra a los lusos meternos en las estufas de desinfección ó asarnos a la parrilla.

Ya se sabe cómo las gastan «nuestros hermanos» en punto a medidas sanitarias.

No saben ellos que aquí ya nadie se muere del tífus, y que los únicos microbios patógenos que existen nos los facilita a diario el honrado comercio de comestibles dentro de los chorizos putrefactos, los boquerones con verdín y otros artículos... *deletéreos*.

Asegurada nuestra existencia—lo cual puede conseguirse con solo dejar de comer embutidos, boquerones y demás productos de la industria destructora—el hombre se dedica a toda clase de recreos.

A muchos les ha entrado el furor por la esgrima, que se extiende de un modo extraordinario; y Carbonell, Sanz y Broutin, ven con satisfacción que el número de discípulos aumenta considerablemente.

—Buenas tardes, maestro—dice entrando en la sala de armas un caballero de ojos dulces y fisonomía candorosa, aunque fea.

—Felices—responde el maestro.

—Venía a ver si consigo soltarme en el manejo del sable corvo con filo.

—¿Trata usted de pedir dinero a las personas conocidas?

—No, señor; lo que yo deseo es aprender esgrima y adquirir agilidad, por si mañana me veo en un lance.

—Excelente idea.

—Desearía que me enseñara usted un golpe certero, porque, verá usted: hay uno en mi oficina que siempre me está faltando. Yo estoy en Hacienda, y como ahora nos han declarado inamovibles, voy a tener que pasarme el resto de mi vida al lado de ese hombre odioso y antipático... Si yo supiera manejar un arma, ya le hubiera llevado al terreno del honor... Él tiene un lobanillo sobre la ceja izquierda.

—¿Y qué?

—Que quisiera aprender un golpe seguro para rebanarle el lobanillo.

El maestro se dedica a enseñarle el manejo de las armas, y nuestro hombre se pasa dos horas todos los días dando tajos al aire y recibiendo golpes de su contrario en varios sitios del cuerpo.

Cuando regresa a su domicilio se deja caer sobre una silla y dice a su esposa:

—¡Ay, Paca! ¡Cómo vengo!

—¿Te han pegado mucho hoy?

—¡Una barbaridad! Traigo deshecho este hombro, y además me han señalado tres pinchazos en hueso y una estocada tendida en este vacío.

La esposa le pone unos pañitos de árnica y le acuesta en el sofá porque a él no le gusta quedarse solo en la alcoba.

En cuanto le dejan abandonado, cree ver al del lobanillo con un raspador en una mano y una regla en la otra gritándole:

—Aprende, aprende a tirar al sable, majadero, que ya verás la paliza que te doy sin saber esgrima.

En fin, la mayor parte de los que tiran son unas buenas personas, incapaces de pinchar a una corredera ni de afeitarse a un amigo por el temor de hacerle sangre; pero la moda se impone.

A mí me decía un petardista famoso que tiene su actual residencia frente al café Inglés, baldosa número 48:

—Me río yo de los maestros de esgrima. ¡Enseñarme esgrima a mí, que soy capaz de darle un sablazo de cinco duros a D. Raimundo Fernández Villaverde!...

LUIS TABOADA

¡Un año!

¡Un año ya que rompí el lazo que nos unió!

Mejor estamos así: ni te acuerdas tú de mí, ni de ti me acuerdo yo.

¿Recuerdas la vez postrera que pasé la noche entera admirando tus hechizos y jugando con los rizos de tu blonda cabellera?

Ebrios de felicidad, me juró tu labio alevé eterna fidelidad, amor eterno... ¡Ay que breve ha sido la eternidad!

En áureo reló esmaltado está la fecha grabada que ambos hemos olvidado.

Ya ni el reló dice nada...

¡Cómo que lo has empeñado!

¡A poco, yo te aburrí, a mí tu amor me cansó y el pasaporte te dí:

hoy ni te acuerdas de mí ni de ti me acuerdo yo.

A nuestros nuevos amores abrieron ancho conducto desengaños anteriores; el orden de los factores no altera nunca el producto.

Ahora de un novio *novel*, fonógrafo de eco fiel, oyes las palabras mías, y las que a mí me decías hoy se las dices a él.

Como recuerdo de amor, mi inmediato sucesor un reló te dé quizás, reló que tú empeñarás lo mismo que el anterior.

Y después del amor puro vendrá el pitillo futuro que se fumará tu amigo y harás con él, de seguro, igual que hiciste conmigo.

Llegará el hastío en pos sin alegrías ni penas hasta aburriros los dos, rompiendo vuestras cadenas en paz y gracia de Dios.

Tal es la regla constante de nuestra mísera vida: de aquí a un año, Dios mediante, él tendrá ya otra querida y tú tendrás otro amante.

¿Pero qué me importa, dí, que seas dichosa ó no?

Ya todo aquello pasó: ni te acuerdas tú de mí, ni de ti me acuerdo yo.

SALVADOR M.^a GRANÉS

Tipos populares, por SANCHA



—¡El trece mil... quinientos... cuatro!... Puede salir.

Los periodistas españoles de París. ←

No quiero hablar sino de los que ejercen, de los que están en servicio activo, de los que, cada mañana ó cada mes, escriben y firman. Hablar de los otros, de los anónimos y de los desconocidos, sería imposible. ¡Son tantos!

Los que merecen ser recordados, en cambio, no son muchos, son tres ó cuatro, cinco á lo más.

Contémosles.

Desde que Blasco (Blasco el bueno) se marchó, el primero es Bonafoux. Dicen que yo le elogio por costumbre. Eso probaría que mis costumbres no son malas. En realidad le elogio porque le admiro. En otro tiempo, la amistad hubiera podido influir en mis juicios. Hoy que nuestra amistad está casi muerta de frío, mis alabanzas no obedecen sino á un principio de justicia, siempre vivo en mi alma.

A *Fray Candil*, que no sólo no es mi amigo, sino que no pierde ocasión de atacarme, también le alabo. Para mí el elogio no es una moneda con la cual se compra otro elogio, es un desahogo agradable.

Así, pues, Bonafoux, genial, atrabiliario y poeta, Bonafoux algo loco, Bonafoux es el primero.

Luego viene... ¿quién viene luego? Sería imposible decirlo. Los demás se confunden, se mezclan, se pierden en la mesa redonda de la gran redacción que la prensa española tiene en el boulevard.

Arzubalde representa un diario importantísimo, pero como casi sólo escribe telegramas, es difícil hablar de su estilo.

Como Campoamor, podría decir:

—Le desafío á usted, señor conde, á que diga lo mismo que yo en menos palabras.

No es prolijo, en efecto, porque cada palabra le cuesta diez céntimos. Yo le considero como un excelente *reporter*, decano de los corresponsales españoles, lector asiduo de la prensa de la roche y discreto compendiador de noticias interesantes. Ustedes me dirán que eso no es mucho. Prueben ustedes y lo verán.

En la vida todo es fácil y difícil. A mí, por ejemplo, me parece casi imposible poder colaborar en seis periódicos á la vez. A Santiago Romojara, no le cuesta ningún trabajo ser corresponsal de 500 periódicos de España y América. Sus tarjetas lo dicen: «*Correspondant de 500 journaux étrangers.*» Y eso que, además de hacer sus crónicas, traduce libros y prospectos, dirige una agencia de publicidad y va al café.

Carlos de Soussaus, representa á *La Nación*, de Buenos Aires, que

como ustedes saben, es el periódico más grande de lengua española: (ocho páginas diarias de tamaño inmenso y de lectura compacta). Soussaus no es español: no ha nacido ni en la Argentina ni en la península. Es suizo. Su lengua original es el francés. Sin embargo escribe en castellano muy llano y muy sencillo. A García Ladevese, (también de *La Nación*) le pasa lo contrario, según dice *Clarín*.

Lapuya, Isidoro López Lapuya, madrileño, escribe para *El País*. Escribe bien. Es medido, recortado, ponderado y á veces también florido. Tiene dos especialidades: la gramática y el socialismo. Como socialista vale menos que como gramático. Ha escrito una obra más grande que la *Iliada*: un volumen de 600 páginas, sobre los verbos irregulares. ¡*Los verbos irregulares!* Por mi parte, yo apenas si sé lo que son los verbos. Tal vez por lo mismo, admiro tanto á los que tienen la paciencia de escribir sobre ellos un número de capítulos igual al que un artista emplea en estudiar la vida toda.

También Sempau escribe para *El País*. Yo quiero mucho á Sempau. Es el más dulce, el más amable, el más irónico de los revolucionarios. Hace pocos días, le presenté á Oscar Wilde.

—«El Sr. Wilde, poeta y criminal»... «El Sr. Sempau, asesino de Portas...»

Se miraron con simpatía y callaron. Al cabo de un cuarto de hora, Sempau preguntó á Wilde:

—Usted que es inglés, ¿conoce á Shakespeare?

—¡Lo adoro!—respondió el otro.

Luego, al salir, mi paisano me dijo:—«Wilde es un verdadero artista, adora á los buenos autores.»

Estos son los periodistas que ejercen de un modo visible. Además de ellos, hay en París una gran colonia española de literatos y de sabios. Aquí vive Cuervo, el filólogo sin rival; aquí vive Elías Zerolo el docto publicista, el correcto escritor, el erudito Zerolo á quien la Academia Española debiera llamar á su seno, no para honrarle, sino para honrarse; aquí vive Díaz Rodríguez, el delicadísimo estilista de *Cuentos de color*; aquí vive Piñeiro, el olvidado, el admirable, el gran Piñeiro que descubrió á los poetas ingleses y que consagró la gloria de Quintana; aquí vive Bobadilla, el nervioso, el estudioso, el mordaz; aquí vive Eduardo Pardo, polemista y novelador; aquí vive Manuel Machado, que compone poemas en honor de los ojos de mis queridas (¡oh Zonia!)...

—Aquí vivo yo, en fin...

E. GÓMEZ CARRILLO

— — — Política callejera, por CILLA — — —



—Diga usted, niña, ¿me permite Vd. ejercer el protectorado?
—¿Usted lo que pretende es una anexión en regla?
—No; con un simple tratado de comercio me conformo.

El círculo ajeno.

Perdona, vida mía,
si cambio de carácter,
y quiero ser el otro
en vez de ser tu amante.

Coqueta, veleidosa,
histerica, adorable,
mi anhelo presentistes,
mi amor adivinastes,
y, al fin, tuve en tus brazos
un premio á mis afanes.

¡Y fui feliz! ¡Y algunos
llegaron á envidiarme!
Mas ¡ay de mí! que á poco
da el otro en escamarse,
y... fué la vida mía
tormento inaguantable.

¡Qué dudas! ¡Qué zozobras!
¡Qué angustias! ¡Qué pesares!
Estar siempre en acecho,
rodando por tu calle
con una mansedumbre
indigna de imitarse;

Gozar entre tus brazos
placeres delirantes,
sentir la campanilla
y huir como un cobarde,
sobrándole á uno alientos
para decir: — ¡Que pase!

Besarte con delicia,
febril, loco, anhelante
¡sabiendo que otro hombre
acaba de besarte!

Sufrir incertidumbres,
pasar horas mortales,
y no tener siquiera

derecho á incomodarse
si miras á un tercero
que intente suplantarme,
son cosas, vida mía,
que envidian los *Don Juanes*,
mas yo renuncio á ellas
y cambio de carácter.

* *

Yo creo que lo airoso
lo digno, lo envidiable,
es no pasar zozobras
por nada ni por nadie.

Entrar, si así lo quiero,
salir, si así me place,
besarte, *no sabiendo*
que acaban de besarte,
poder pedirte cuentas,
y, en fin, en una frase:
¡yo quiero los derechos
que ofreces al que pague!

Y así, si luego buscas
amor *emocionante*,
y á mí me falta entonces
valor para dejarte,
haré lo que hacen otros;
¡paciencia y... no enterarme!

* *

Pegársela á otro hombre
será muy agradable,
mas tiene tales quiebras
y expone á tales lances,
que yo, en vez de engañarlos,
¡prefiero que me engañen!

DIEGO JIMÉNEZ PRIETO



El que la sigue..., por CILLA



—Este prójimo se propone sin duda dos cosas: saber dónde vivo, lo cual es muy fácil, y saber de qué vivo, lo cual es difícil, porque ni yo misma he podido enterarme.

Palique.

Pues, señor; aquí nadie quiere cumplir con su deber, y esto es un escándalo.

— Pague usted al César lo que es del César...

— ¡No me da la gana!

Y el trimestre de la contribución se retira al monte Aventino.

En Valladolid, si no miente un estudiante que firma, en *Vida nueva*, Clemente, ó cosa así, hay un catedrático que va borracho á cátedra y les dice á los chicos cosas verdes inspiradas

por la lujuria, madre de la melancolía,

como escribe Rubén Darío en un *atrio* nuevo, de que hablaré más adelante.

De modo que esto está perdido; y si seguimos así, *nos van á reparar* las naciones cultas, que es lo que dice todos los días un genio que escribe los fondos de un rotativo por muy pocas pesetas.

Hay que *hacer patria*; como también dice el genio barato; y yo voy á hacer patria, cumpliendo con mi obligación de ser eco imparcial, no de la opinión y de la prensa, que eso es cosa del vizconde, ó lo que sea, de los Asilos; sino eco imparcial de la crítica sensata y con casa abierta.

No hay amigo para amigo; las cañas se vuelven lanzas.

* *

En el último palique de MADRID CÓMICO me quejaba yo de un *pórtico* de Rueda... Bueno, pues ahora recibo un libro nuevo que tiene... ¡tres *atrios*! que es casi como tener las cuatro fachadas al Norte, ¡y uno de esos *atrios* es de Rueda!

El autor del libro es amigo mío, y por lo mismo le debo la verdad, y no sé si algún café. Es el Sr. Alcalde de Zafra, poeta correcto y de muy buen oído. El libro se titula *Trebol* y lleva ¡tres *atrios*!

Uno de Rubén Darío,
otro de Eusebio Blasco
y otro de Salvador Rueda.

Son muchos *atrios* para un *Trebol*, que no necesita ninguno.

Si el libro se llamara «El Alcázar» ó «La Catedral» se explicaría eso de los *atrios*, pero un *trebol* con tres *atrios*, uno para cada hoja, por lo visto, no lo entiendo.

Como tampoco entiendo el *atrio* de la *hoja de oro* debido á la mano de obra del muy acreditado cantero pentélico, el Sr. de Rubén Darío, mozo listo, si los hay, y que escribe perfectamente cuando quiere.

En el verde laurel que decora la frente
que besaron los sueños y pulieron las horas.

No paso por eso. Las horas no pulen las frentes. Quedamos en que no.

Una hoja suscita como la luz naciente
en que entreabren sus ojos de fuego las auroras;

Y ahora viene lo que *suscita* la hoja.

O las solares pompas, ó los fastos de Oriente.

¿Qué son los *fastos* de Oriente? El Sr. Darío, tan ilustrado, sabe lo que era el *fas*, el derecho religioso de los Romanos, de donde viene eso de *fasto* y *nefasto*; y esto ¿qué tiene que ver en Oriente?

Proezas bizantinas, diademas de Teodoras.

Bastaba una Teodora, como también bastaba antes una aurora. Estos plurales amotinados vuelven locos á los niños modernistas, que imitándoselos á Darío ya se creen genios.

Hoja de oro rojo,

(Esto suena mal).

Hoja de oro rojo, mayor es tu odio,
pues para tus colores imperiales evocas
con el triunfo de otoño y la sangre del día.

Confieso con rubor que no sé lo que es la sangre del día. Conozco el plato del día, sé lo que es orden del día, pero la sangre del día ¿qué es?

El marfil de los rostros, la brasa de las bocas
y la autumnal tristeza de las vírgenes locas
por la lujuria, madre de la melancolía.

Bueno, y ¿ahora, qué? ¿No repara el Sr. Darío que no ha dicho nada? El poeta en la *hoja de oro* no *suscita* ó esto ó lo otro, sino esto y lo otro. La disyuntiva debió ser copulativa. Porque cuando se hacen varias cosas no se hacen *ó* las unas *ó* las otras, sino las unas y las otras. Esto es mucho más claro que la sangre del día.

Y ahora (no *ó* ahora) vamos con el *atrio* de Rueda, porque el de Blasco no tiene nada de particular.

La hoja de hierro.

A fuego y golpes fórjase la espada;

(*Go y gol*. ¡Ese oído!)

hecha al dolor se ensaña en la pelea.

Ni la espada está hecha al dolor, ni por estar hecho al dolor hay que ensañarse, ni el verbo ensañarse es el que corresponde á la idea que Rueda ha querido expresar.

Su decidida punta es una idea.

Punta decidida. ¡Pero cree Rueda que las palabras significan lo que uno quiere? No hay sentido topológico que baste para hacer que la punta de una espada sea decidida.

Como rayo flamígero empuñada...

Será rayo flamígero, pero no por lo de empuñada. La empuñan por espada, no por rayo, y parecerá un rayo por otra cosa, no porque la empuñen.

En lances de pasión es amorosa.

Tampoco es verdad. La espada movida por la pasión no pincha con amor, porque pincha á quien estorba esa pasión.

amparando á su patria es fe y es ira,
defendiendo á su Dios es religiosa.

Más fe será defendiendo á Dios que en el caso anterior, y no hace falta que sea ira para defender á la patria.

Antes rota que amando la mentira;

¡Vaya con Fray Gerundio!

¡porque es blandir la espada esplendorosa
blandir la cruz en donde Cristo expira!

Yo sí que me hago cruces leyendo estas cosas. ¡Al diablo se le ocurre blandir la cruz en que expira Cristo!...

Y se acabaron los atrios.

En el *Trebol* no entro.

Sólo diré que lo mismo que *Trebol* podría llamarse Trébedes ó Tripode ó Tricornio ó Trifaldi.

El Sr. Alcaide tiene bastante talento para poder lucirlo sin rebuscar extravagancias ni andarse con bizantinismos de cromó, ni pintarnos á Justiniano rasgando las Pandectas (que tienen cincuenta libros) á la salud de una buena moza.

En verdad os digo que no seais incoherentes ni incongruentes.

Fuera del buen sentido no hay salvación.

El genio es el cubo del buen sentido.

CLARÍN

Solterónà...

Sé que sueñas muchas cosas que no alcanzarás, mujer: los sueños vienen á ser ilusiones engañosas, livianas como el *placér*.

Sueñas hallar un marido frecuentando los salones de ese mundo en que has nacido. Sé que buscas un *partido* que tenga muchos millones.

Por esto quieres brillar en el mercado elegante, y pretendes encontrar un comprador con bastante fortuna que derrochar: algún viejo acaudalado ó un libertino estragado por orgías y placeres, ...la basura que han dejado cierta clase de mujeres que disfrutaban sin temor goces que tú desconoces, porque con falso pudor tú desprecias el amor verdadero, y esos goces.

El procedimiento tuyo no indica moralidad. ¿Qué te casas? no es verdad: tú te vendes por orgullo, ellas por necesidad; pues al cumplir su misión el cura, te pone precio, no santifica la unión. Tu falta inspira desprecio y la de ellas compasión. Pero el tiempo va pasando; va tu espléndida hermosura poco á poco marchitando, y tú ignoras cómo y cuándo se cumplirá tu ventura; si no llega ese marido por torpeza ó por descuido, sin juventud ni belleza, recordarás con tristeza todo el tiempo que has perdido. Porque es el caso, mujer, que esas cosas caprichosas que tú sueñas, suelen ser ilusiones engañosas más livianas que el placer.

ALBERTO LOZANO

Ajilimójili.

Hasta lo de Caparrotta se arregló. Verdad es que fué ahorcando á D. Miguelito. Pero, en fin, se arregló.

¿Cómo no había de arreglarse lo de *en Barselone*?

Y con la colaboración del *Carlos V*.

Es mucho... emperador.

Venció á Francisco primero
y acuchilló á Solimán...
é hizo soltar el dinero.
al segador catalán.

—¡Qué triunfo!—exclamaba el consabido senador vitalicio encargado de exclamationar siempre estas cosas, entusiasmado con lo bien que está *haciendo* de recaudador de la contribución el activo D. Heliodoro, digo, el incomparable acorazado, el *crematístico Carlos V*.

Y nuestro senador añadía, según ya se ha corrido por ahí, dirigiendo sus felicitaciones al señor Ministro de Marina:

—Todo se lo debemos al *Carlos Usted*.

Y es que hay senadores que han acreditado la renta y la edad y el caldo gratuito,

sin pararse á distinguir
un número de una *uvé*.

«Por lo demás», para números bonitos el 3.497. (Vean ustedes cómo enchufó los asuntos más dispares. Esto es concertar, y boca abajo Campanini y Dato).

3.497 es la tirada última de ejemplares de actores y actrices que tenemos en España, según ha descubierto Eusebio Blasco en una estadística.

Espectadores de pago, quizá no lleguen á los 3.497 en toda España y sus posesiones de Cataluña.

¡Qué han de llegar!

Aquí del traspunte que husmeaba la entrada por uno de los agujeros del telón en uno de los teatros más concurridos de Madrid.

—¿Cómo está?—le preguntó el empresario.

Y el traspunte respondió con aire vencedor:

—¡Los podemos!

Con lo que no puede ni Lastres, es con la huelga de los empleados del tranvía. Dicho hombre público quiso compartir con el Ministro de la Gobernación el papel de concertador de voluntades... y no le resultó. Los empleados ponen de su parte cuanto les es humanamente posible, pero siempre encuentran acogidas sus justas pretensiones con un bufido en forma de director general.

—¡Gru-mie aux, Gru-mie aux!

¡Oh, director, tienes apellido de gato furioso!

Con tan plausible motivo, el Rippert reverdece, el simón carga y las gentes toman el Oliva. Cada cual se *vehicula* como puede.

Entre tanto, el Jurado absuelve al matador de Ledesma.

Yo, ni entro ni salgo en este asunto, y respeto, como es mi deber, el fallo del tribunal popular.

Sólo he de hacer constar á fuer de cronista, que entre las personas que más grande indignación ha producido el veredicto de inculpabilidad, se halla mi excelente amigo, el diputado D. Homobono.

Ayer me lo encontré diciendo horrores de la sentencia absolutoria. Venía de firmar una solicitud de indulto con el Capitán general, el Obispo, el Gobernador y el Presidente de la Cámara de Comercio de su pueblo, á favor de un sujeto de su distrito que mató á sus propios padres por tres duros.

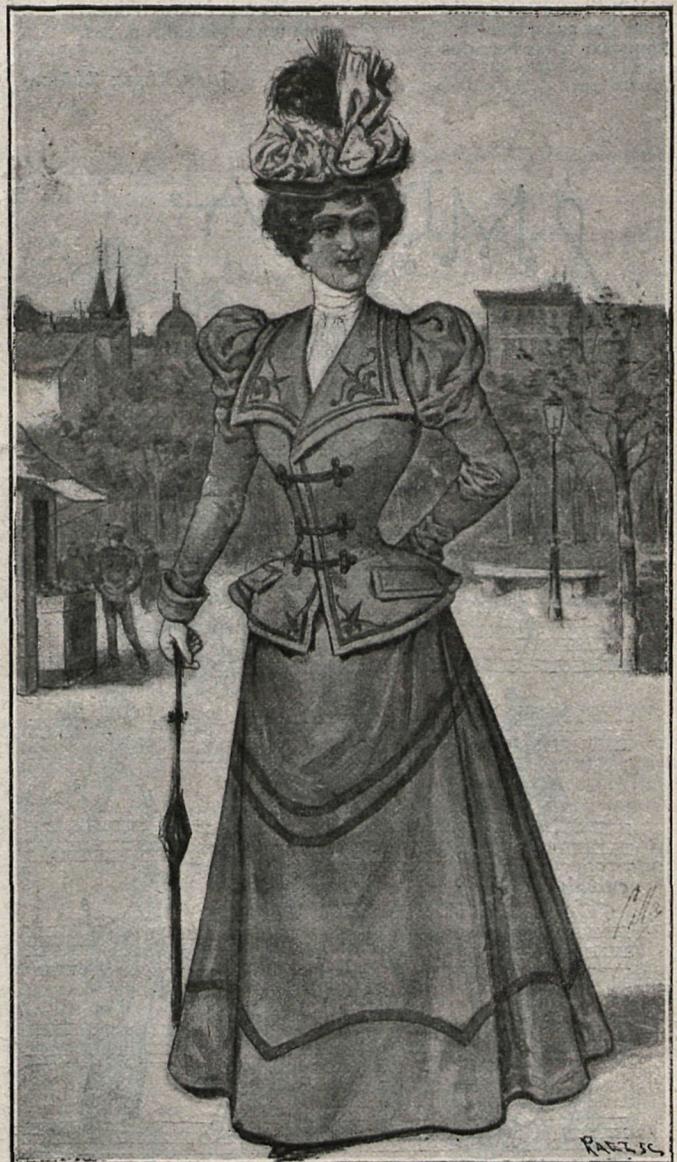
—Pero, D. Homobono—le dije—usted como concierta (es el verbo de moda) lo *juno* con lo *iotro*? Un doble parricida amparado por ustedes.

Y me replicó lo mismo que el del cuento:

—Hay que compadecerse, amigo mío, de un pobrecito huérfano.

JOSÉ DE LASERNA

En acecho, por CILLA



—Arturito ha entrado en el Banco. Aquí le espero. En cuanto cobre el *cheque*, le digo *choca* y... que haga el favor de comprarme una *chaqueta* del mismo color que su *chaquet*.